

que hacen grandes elogios los historiadores antiguos. Pueril venganza, que pudo haberle costado muy caro, pues los habitantes soltaron los diques de la laguna cuando los españoles se creían ya victoriosos, y habrían sido todos ahogados si permanecen tres horas mas sin advertir el peligro; pero la luna los favoreció, porque ayudados de su luz, no solo pudieron notar el crecimiento de las aguas que por momentos se amontonaban sobre ellos, sino emprender su retirada por el camino mas practicable, y aun así se ahogaron algunos.

CAPITULO XVII.

Sitio y toma de Méjico. Muerte de Quauhquemotzin, último rey de los mejicanos.

La relacion de los sucesos de la conquista exige una obra aparte; y ya por esto, como porque en ellos figuran principalmente los españoles, y el objeto de esta historia fué mas bien dar á conocer las costumbres y gobierno de los antiguos mejicanos, que referir prolijamente los acontecimientos de la ruina de su imperio, recorreremos brevemente estos últimos.

Muerto Cuiclahuatzin, fué elegido para sucederle su sobrino Quauhquemotzin, jóven de 25 años y de ánimo intrépido, y aunque no muy práctico en la guerra, siguió el plan de su predecesor, é hizo cuanto pudo por la defensa de sus súbditos. Por este tiempo reinaba en Tezcoco Coanacotzin, el cual con acuerdo de Quauhquemotzin mandó matar á su hermano Cuicuitzcat-

zin, rey de farsa, que se habia escapado de Tlaxcala, sin que se sepa el motivo, y fué tenido por espia de los españoles.

Mientras Cortes habia estado en Tlaxcala habia mandado construir trece bergantines para sitiar á Méjico por tierra y agua, como que de otra suerte era imposible impedir que los habitantes recibiesen socorros de todo género. Un soldado español llamado Martin Lopez, hizo uno que sirvió de modelo para los demas, de cuya construccion se encargaron los tlaxcaltecas. Así que estuvieron concluidos se dispuso la marcha por Tezcoco, de donde se fugó Coanacotzin á Méjico luego que se aproximó Cortes, el cual hizo proclamar por rey á Ixtlilxochitl. Este solo gozó de las apariencias de su dignidad, habiendo sido mas bien un ministro de la voluntad de los españoles, y el partido de estos se aumentó considerablemente con la exaltacion de un príncipe tan enemigo de los mejicanos, por lo que Cortes resolvió fijar en Tezcoco su cuartel general.

Entretanto que se disponia el sitio, viendo infructuosas sus negociaciones para que los mejicanos se sometiesen sin necesidad de emplear la fuerza, dirigió Cortes sus tropas contra varias provincias comarcanas, como fueron Huaxtepec, Yacapixtla, Quauhnahuac, Xochimilco é Iztapalapan, llevando el estrago y la desolacion á donde quiera que hallaba resistencia; y reunido despues el ejército en Tezcoco, y echados al agua los bergantines, se encaminó hácia á Méjico, dividiendo la fuerza en cuatro trozos. Alvarado se situó en Tlaxcoapan con dos cañones, 30 caballos, 160 infantes y cinco mil tlaxcaltecas. Olid ocupó á Coyohuacan con casi igual fuerza española, dos cañones y veinte y cin-

co mil aliados. Sandoval llevó alguna ménos, pero pasaban de 300 sus tropas auxiliares, y se acampó en las inmediaciones de Iztapalapan. Cortes tomó el mando de los bergantines, en los cuales se distribuyeron trescientos veinte y cinco españoles y trece piezas de artillería: constandingo todo el ejército sitiador de 917 españoles y cerca de 700 auxiliares, cuyo número se aumentó despues hasta doscientos mil.

Los mejicanos estaban bien preparados á la defensa, y con ménos temor que en los primeros encuentros tenidos con los españoles: y así es que despues de muchos dias de ataques repetidos sin ventaja por parte de los segundos, se vió Cortes instado por su tropa para que se diese de una vez un golpe decisivo; y aunque conocia el riesgo de esta empresa, tuvo que condescender. Tomó cuantas medidas y precauciones puede tomar un buen general; fué acometida la ciudad á un mismo tiempo en todas direcciones; los mejicanos hicieron una falsa retirada; y cuando los sitiadores habian penetrado hasta cerca de la plaza de Tlatelolco, los embistieron con tal furia que los desordenaron, los obligaron á huir, y en la acequia que de antemano habian cubierto de ramazon, perecieron muchísimos al querer pasarla. Quiso Cortes contener el desorden, pero fué hecho prisionero; y ya lo conducian al sacrificio, cuando un soldado llamado Olea lo libértó, cortando el brazo al mejicano que lo llevaba. Con mil trabajos pudieron retirarse los españoles á sus campamentos, despues de haber perdido siete caballos, sesenta infantes, más de mil aliados, un cañon, y muchas armas y canoas. Apenas hubo uno, incluso el mismo Cortes, que no saliese herido.

Mientras se curaban los españoles, atacaron los mejicanos sus fuerzas navales con treinta grandes piraguas que habian construido para rivalizar con los bergantines, y se valieron de tantas estratagemas en esta ocasion, que si no hubiera sido tan avisado el general español, habrian conseguido destruirlos ó apoderarse de ellos; pero Cortes, jugando sus mismas armas, los atrajo, fingiendo huir, á donde estaba el grueso de su fuerza, y los derrotó completamente. Renovó entonces sus negociaciones de paz, pero infructuosamente; y la guerra continuó con igual encarnizamiento.

Iban corridos ya dos meses y medio desde que empezó el asedio; los mejicanos se hallaban en un estado deplorable por la falta de víveres; la fetidez que exhalaban tantos cadáveres amontonados en las calles y en las acequias era tal, que obligó á los españoles á retirarse de la ciudad, que habian estrechado ya á lo sumo; pero el dia siguiente 13 de agosto de 1521, memorable en los fastos de Anahuac, se dió el último asalto á Tlatelolco, donde se habian refugiado los mejicanos. Antes de emprenderlo hizo Cortes la última tentativa para que se rindiesen, solicitando una entrevista con Quauhtemotzin; pero un mensajero le trajo esta respuesta: „Mi rey y señor está resuelto á morir ántes que ponerse en vuestra presencia.” Con esta respuesta se dió la señal del ataque, y aunque los mejicanos se defendieron hasta el último trance, tuvieron por fin que ceder, arrojándose unos al agua, y entregándose otros á los vencedores.

Quauhtemotzin habia logrado salvarse con su familia en una piragua, pero fué alcanzada esta por Garcia de Olguin, que mandaba uno de los bergantines. Al

acercarse le dijo el rey con dignidad: „Soy vuestro prisionero, y no os pido otra gracia sino la de que traéis á la reina mi esposa y á sus damas con el respeto debido á su sexo y á su dignidad.” Conducido á presencia de Cortes, le dijo con el mismo tono: „He hecho por defender á mis súbditos cuanto exigía el honor de mi corona, y el amor de mis pueblos: los dioses me han sido contrarios, y ahora me veo sin corona y sin libertad. Disponed como gustéis de mi persona;” y poniendo la mano en un puñal que llevaba Cortes en la cintura, añadió: „quitadme la vida con este puñal, ya que no he sabido perderla en defensa de mi reino.” Cortes procuró consolarlo, y á petición suya mandó que no se hiciese mas daño á los vencidos. Dispuso tambien que todos los mejicanos saliesen desarmados y sin cargas de la ciudad, y durante tres dias y tres noches estuvieron las calles llenas de hombres, mugeres y niños, débiles y macilentos, que se retiraban de aquel lugar de desolacion. Quauhtemotzin, rey de Méjico, Coanacotzin, rey de Tezcoco y Tettlepanquetzalzin, rey de Tlacopan, fueron ahorcados en el carnaval de 1525 por orden de Cortes de resultas de una falsa denuncia. Despues de esta bárbara ejecucion se vió atacado de una profunda melancolía, originada de los remordimientos que frecuentemente lo asaltaban.

Así terminó el famoso imperio mejicano. Los inapreciables beneficios de una religion dulce y benéfica, y de una civilizacion muy superior á la que habian alcanzado los indígenas, que fueron las consecuencias de la conquista, se confunden con las crueldades y horrores cometidos en ella.

FRAGMENTOS.

CAPITULO VIII.

De las leyes que nuevamente promulgó, y estableció el emperador Nezahualcoyotl.

Contestan todos los escritores nacionales en que este gran emperador no solo restauró la observancia de las leyes promulgadas por sus antecesores, sino que estableció otras de nuevo, para el mejor gobierno de sus pueblos, y convienen en que estas fueron ochenta, pero ninguno nos dejó la cabal noticia del contenido de todas: unos refieren unas, y otros otras, y confrontados todos los manuscritos que tengo entre manos, solo llego á juntar treinta y cinco, y casi todas penales, y aun de estas se ha de hacer alguna rebaja, como luego diré. Es regular que hubiese otras dirigidas al gobierno económico, al reglamento de tropas, á la exaccion de tributos, pero de estas no dan particular noticia. Las que refieren, pues, como inventadas por Nezahualcoyotl son las siguientes:

1. Al señor de vasallos, si se rebelase contra el emperador, pudiendo ser habido muriese en público cadalso, aplastada la cabeza con una porra, y se le confiscasen sus estados.
2. Al traidor al soberano, fuese noble ó plebeyo, pena de muerte, roto á golpes por las coyunturas, saqueada su casa por el pueblo, y arrasada, confiscadas sus tierras, y sus hijos esclavos hasta la cuarta generacion.